

SELECCIÓN DE TEXTOS DE SAN JUAN PABLO II “PEREGRINO” AL ALVERNA

VISITA PASTORAL AL ALVERNA Y CAMALDOLI

17 de septiembre de 1993

DISCURSO A LOS FRAILES EN EL REFECTORIO¹

1. «En este lugar privilegiado, donde no sólo nació el franciscanismo, sino que también renació el cristianismo, Francisco es el gran redescubrimiento de verdades, de realidades divinas; estas dos:
 - a. creación - enamorado de la creación
 - b. redención - enamorado del Redentor»
2. *El Papa, comparando al Santo de Asís con San Pablo, afirmó que Francisco es de la misma raza espiritual que el Apóstol porque, también para él, como para Pablo, Cristo crucificado lo era “todo”. Y continúa: «Así ha permanecido a lo largo de los siglos, durante generaciones. Es muy actual. Tan actual... ¡que es actualidad! Es una predicación por la que se ruega que no sea vana. *Ne evacuetur crux Christi!*, ése es el problema de nuestra época: ... y si esperamos que *non evacuabitur*, Lo esperamos gracias en gran parte a vuestro Poverello, a vuestro Fundador».*

HOMILÍA DE JUAN PABLO II AL ALVERNA (Arezzo) - Viernes, 17 de septiembre de 1993

n. 4 Los estigmas que Francisco recibió en este lugar, el Alverna, constituyen un signo especial. Son el testimonio íntimo de la verdad del Poverello. Se nos presenta como alguien que auténtica y profundamente “se gloriaba de la cruz de Cristo”. No de “otra cosa”, sino sólo de “la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (cf. Gal 6,14). **Signo de similitud en virtud del amor.** Lo dice el apóstol Pablo y lo repite Francisco de Asís: por medio de la cruz de Cristo y gracias a la fuerza del amor, «El mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo»

n. 5 La estigmatización del Alverna representa así esa conformidad visible con la imagen de Cristo que hace de Francisco el ejemplo en el cual todo cristiano puede inspirarse en su camino de acercamiento progresivo a Dios Creador y Redentor. Las palabras pronunciadas por el Poverello al final de su vida son significativas a este respecto: «Por mi parte he cumplido lo que me incumbía; que Cristo os enseñe a vosotros lo que debéis hacer» (San Buenaventura, Leyenda mayor, XIV,3)

JUAN PABLO II ANGELUS LA VERNA (AREZZO) - VIERNES 17 DE SEPTIEMBRE 1.993

La realidad es que nuestro tiempo, que oscila entre conquistas y derrotas, y que lucha entre la esperanza y la desesperación, busca *el camino de una nueva autenticidad*. San Francisco ofrece con nitidez la imagen de un hombre auténtico, de un hombre realizado, que supo alcanzar la paz con Dios, consigo mismo, con los demás y con el cosmos. Pero ¿cuál es la raíz profunda de esta personalidad, el verdadero secreto de su encanto? No cabe duda: es su opción por Cristo.

¹ *La nostalgia y la necesidad de ti...” ecos de una peregrinación. Encuentro de Espiritualidad Franciscana, Santuario del Alverna, 22-27.08.1994, Bagno a Ripoli: Tip. Il Bandino, 1.995 15 (Quaderni di spiritualità francescana, 16). Los demás textos se encuentran en el mismo volumen y en el Osservatore Romano.*

JUAN PABLO II “A LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS” LA VERNA (AREZZO, 17 DE SEPTIEMBRE DE 1993)

Las prolongadas estancias del Poverello en esta montaña son testimonio elocuente de su necesidad de soledad. [...] El austero y magnífico Santuario, en el que nos encontramos, sigue siendo uno de los signos casi tangibles **del alma contemplativa de Francisco y de la “lección” que dejó a todo el franciscanismo en este sentido.**

Y recuerda a los numerosos peregrinos y visitantes también de nuestro tiempo, en la feliz expresión de la Leyenda Menor, cómo «el verdadero amor de Cristo habla transformado en su propia imagen a este amante suyo» (Lm 6,4).

De la fecundidad de esta intuición franciscana **han brotado muchos frutos de santidad en la Iglesia.**

A ustedes, queridos Hijos e Hijas de Francisco, en razón de la especial vocación que resume y armoniza el aislamiento en el eremitorio y el compromiso apostólico, les corresponde la tarea de indicar también a nuestros contemporáneos, en actitud de fraternidad universal, la respuesta satisfactoria a estas expectativas [de una auténtica experiencia de Dios].

Que sus comunidades, queridos hermanos y hermanas, se conviertan cada vez más, en la estela de una tradición secular, en centros irradiadores de esa espiritualidad viva.

DISCURSO DEL PAPA BENEDICTO XVI EN EL ALVERNA VISITA AL SANTUARIO DEL ALVERNA (cancelada por mal tiempo).

13 de mayo de 2012

La cruz gloriosa de Cristo resume el sufrimiento del mundo, pero es sobre todo señal tangible del amor, medida de la bondad de Dios hacia el hombre. En este lugar también nosotros estamos llamados a recuperar la dimensión sobrenatural de la vida, a levantar los ojos de lo que es contingente, para volver a abandonarnos totalmente al Señor, con corazón libre y en perfecta alegría, contemplando al Crucificado para que nos hiera con su amor.

«Altísimo, omnipotente, buen Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición» (Cántico del Hermano Sol: *Cánt* 1). Sólo dejándose iluminar por la luz del amor de Dios, el hombre y la naturaleza entera pueden ser rescatados; sólo así la belleza puede finalmente reflejar el esplendor del rostro de Cristo, como la luna refleja el sol. Brotando de la cruz gloriosa, la Sangre de Cristo crucificado vuelve a vivificar los huesos secos del Adán que está en nosotros, para que cada uno vuelva a encontrar la alegría de encaminarse hacia la santidad, de subir hacia las alturas, hacia Dios. Desde este lugar bendito, me uno a la oración de todos los franciscanos y las franciscanas de la tierra: «Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos aquí y en todas las iglesias que hay en el mundo, porque con tu santa cruz redimiste al mundo».

¡Arrebatados por el amor de Cristo! No se sube a La Verna sin dejarse guiar por la oración de san Francisco del absorbeat, que reza: «Te suplico, Señor, que la fuerza abrasadora y meliflua de tu amor absorba de tal modo mi mente que la separe de todas las cosas que hay debajo del cielo, para que yo muera por amor de tu amor, ya que por amor de mi amor tú te dignaste morir» (Oración «absorbeat», 1: FF, 277). La contemplación de Cristo crucificado es obra de la mente, pero no logra elevarse hacia lo alto sin el apoyo, sin la fuerza del amor. En este mismo lugar, fray Buenaventura de Bagnoregio, insigne hijo de san Francisco, proyectó su *Itinerarium mentis in Deum* indicándonos el camino que es preciso recorrer para elevarnos a las cimas donde podemos encontrar a Dios. Este gran Doctor de la Iglesia nos comunica su misma experiencia, invitándonos a la oración. Ante todo, es necesario dirigir la mente a la Pasión del Señor, porque el sacrificio de la cruz es el que borra nuestro pecado, una falta que sólo puede ser colmada por el amor de Dios: «Exhorto al lector —escribe—, ante todo al gemido de la oración a Cristo crucificado, cuya sangre lava las manchas de

nuestras culpas» (*Itinerarium mentis in Deum*, Prol. 4). Pero, para tener eficacia, nuestra oración necesita las lágrimas, es decir, la participación interior, nuestro amor que responda al amor de Dios. Además, es necesaria la admiratio, que san Buenaventura ve en los humildes del Evangelio, capaces de asombro ante la obra salvífica de Cristo. Y precisamente la humildad es la puerta de todas las virtudes. De hecho, no es posible alcanzar a Dios con el orgullo intelectual de la búsqueda encerrada en sí misma, sino con la humildad, según una célebre expresión de san Buenaventura: «[el hombre] no crea que le baste la lectura sin la unción, la especulación sin la devoción, la búsqueda sin la admiración, la consideración sin el júbilo, la diligencia sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia divina, el espejo sin la sabiduría divinamente inspirada» (*ib.*).

La contemplación de Cristo crucificado tiene una eficacia extraordinaria, porque nos hace pasar del orden de las cosas pensadas a la experiencia vivida; de la salvación esperada, a la patria feliz. San Buenaventura afirma: «Aquel que lo mira atentamente [a Cristo crucificado]... realiza con él la Pascua, es decir, el paso» (*ib.*, VII, 2). Este es el corazón de la experiencia de La Verna, de la experiencia que hizo aquí el Poverello de Asís. En este Sacro Monte, san Francisco vive en sí mismo la profunda unidad entre sequela, imitatio y conformatio Christi. Y así nos dice también a nosotros que no basta declararse cristianos para ser cristianos, y tampoco tratar de realizar obras buenas. Hace falta configurarse con Jesús, con un lento, progresivo esfuerzo de transformación del propio ser, a imagen del Señor, para que, por gracia divina, todo miembro de su Cuerpo, que es la Iglesia, muestre la necesaria semejanza con la Cabeza, Cristo Señor. Y también en este camino se parte —como nos enseñan los maestros medievales siguiendo al gran Agustín— del conocimiento de sí mismos, de la humildad de mirar con sinceridad a lo más íntimo de sí mismos.

¡Llevar el amor de Cristo! ¡Cuántos peregrinos han subido y suben a este Sacro Monte a contemplar el Amor de Dios crucificado y dejarse arrebatado por él! ¡Cuántos peregrinos han subido buscando a Dios, que es la verdadera razón por la que la Iglesia existe: hacer de puente entre Dios y el hombre! Y aquí os encuentran también a vosotros, hijos e hijas de san Francisco. Recordad siempre que la vida consagrada tiene la misión específica de testimoniar, con la palabra y con el ejemplo de una vida según los consejos evangélicos, la fascinante historia de amor entre Dios y la humanidad, que atraviesa la historia.